

Impresionantes testimonios

Los jóvenes del 36 a sus padres, novias, esposas, hijos: "No lloréis... ¡Nos vemos en el cielo!"

Tenían menos de treinta años y en los últimos instantes dejaron por escrito a sus seres queridos mensajes de sorprendente coincidencia.

Carmelo López-Arias / Alba

Al **testimonio ofrecido in articulo mortis** se le concede una especial autenticidad. Cuando se deja por escrito tras haber pasado por el confesonario, y va dirigido a los seres más queridos, se aproxima a la pureza absoluta.

Ésa fue la circunstancia de cientos de jóvenes durante la guerra civil, sobre todo en la **eclosión de terror de 1936**: religiosos o seculares en espera del martirio, militares o civiles a quienes se anuncia el fusilamiento, soldados en el riesgo del frente...

Allí donde la inhumanidad de las circunstancias no fue absoluta, muchos de ellos tuvieron ocasión de **plasmarse en carta unas últimas palabras** a padres, esposas, novias, hijos..., que un compañero de celda o algún carcelero hacía llegar a su destino.

El benedictino **Santiago Cantera Montenegro**, prior de la Abadía del Valle de los Caídos y doctor en Historia, ha recogido decenas de esos testimonios en un pequeño volumen con prólogo de Tomás García Madrid: *Así iban a la muerte (Voz de Papel)*.

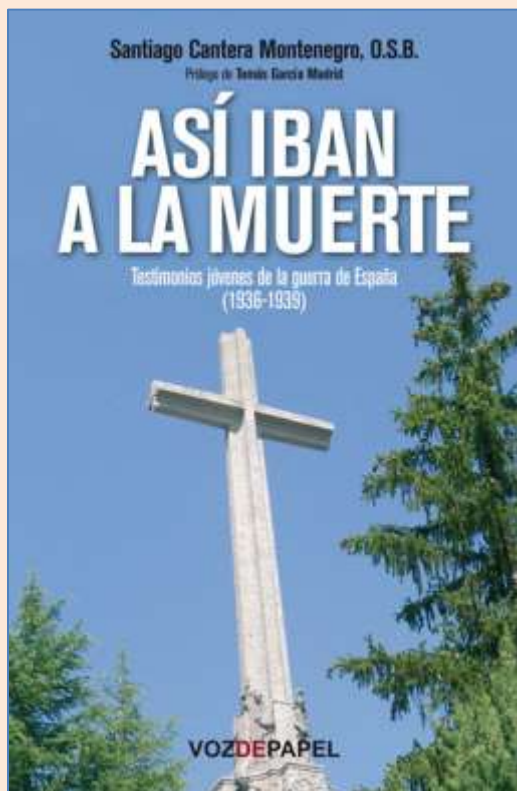
Sorprendente coincidencia

Iban a la muerte, sobre todo, **alegres y bien preparados**.

Salvador Pigem Serra, uno de los 51 claretianos mártires de Barbastro, sintetiza un mensaje que encontramos reiterado en los demás: "Mamá, no llores, **Jesús me pide la sangre**; por su amor la derramaré: seré mártir, voy al cielo. Allá os espero".

El sentido sacrificial era muy acusado. Fernando Vidal-Ribas, catalán de 24 años, fusilado en Barcelona, consolaba así a sus padres: “Acoged mi muerte, no con tristeza, sino con alegría; Dios lo quiere y **España necesita mi sangre**”.

Un adiós emotivo y cristiano.



“No lloren mi muerte, pues morir por Jesucristo es vivir eternamente... Adiós, **hasta el cielo**”, le dice a los suyos otro de esos jóvenes mártires, José Figueró Beltrán. Son frases recurrentes. “Adiós, padre, hasta el cielo”, se despide el benedictino Aurelio Boix Cosials, de 21 años, también muerto en agosto de 1936 en Barbastro. Y tranquiliza a su madre con un argumento que no era flaco consuelo: “Yo me alegro sólo al pensar la dignidad a que Dios quiere elevarla, haciéndola **madre de un mártir**”.

Que es como tranquiliza a la suya un seglar catalán, Joaquín Lacort: “Puedes estar orgullosísima de tener un hijo **elegido por Dios para mártir** de la causa de la religión y salvación de la patria”.

“Hasta el cielo. Adiós, padres mío y tía Lola”, escribe el sacerdote Juan Camps, en Lérida, en diciembre de 1936. Y un “Adiós, hasta el cielo” cierra la carta de Javier Pradera a sus tres hijos, en San Sebastián, en septiembre de aquel **año fatídico**.

Fechas distintas, personas que no se conocen, lugares alejados... y **tres palabras idénticas**: hasta el cielo. Todos tienen la certeza absoluta de que hemos sido creados para la eternidad, y de que este mundo sólo es de paso para el otro.

Merecer el cielo

“En el cielo nos juntaremos todos... Me parecería muy mal que, siendo esto la voluntad de Dios, padecieras por mí”, repite en distintas cartas a su prima Manolita el sacerdote de 28 años Antonio Pitarch Sanjuán. “En el cielo **estaré esperándoos**”, le dice a sus sobrinitos otro cura mártir, Vicente Aparisi Escura. No hay casi ninguno que no incorpore esta idea, de una u otra forma, a las líneas que firma.

Ahora bien, el cielo hay que ganárselo. Muchas de las misivas recogen las recomendaciones de quien, seguro de morir en gracia de Dios, es consciente de que a los destinatarios aún les quedan **años de prueba** y tentaciones.

“Cuando me quedan pocas horas para el definitivo reposo, sólo quiero pedirte una cosa: que en recuerdo del amor que nos tuvimos, y que en este momento se acrecienta, **atiendas como objetivo principal a la salvación de tu alma**, porque de esa manera conseguiremos reunirnos en el cielo por toda la eternidad”, escribe a su novia Bartolomé Blanco, de 22 años, muerto en Jaén.

“Mi última voluntad, Carmina querida, es que seas muy cristiana siempre; **no hagas jamás un pecado mortal** que te prive de unirme contigo en el cielo”, le dice a su esposa Juan Soler-Espíauva.

El alférez de navío Juan de Araoz, asesinado en Málaga, estaba casado con Jeanne, que era anglicana. “Ayudadme a su conversión”, solicita a sus padres, “para que el día del juicio y la resurrección de la carne nos reunamos todos”.

Y a ella se lo ruega con apremio: “Sólo te pido en la hora de mi muerte que te hagas católica y que reces por mí y que el día del Juicio Final **nos reunamos todos delante de Dios**. Yo te lo suplico. La religión católica es la verdadera”. Jeanne cumplió su voluntad.

Prepararse bien a costa de no escribir

Tan importante es prepararse para la muerte, que algunos ni siquiera agotan sus últimas horas en desahogos amorosos, como sin duda habrían deseado.

“Perdóname que, aunque me falten días, no te escriba más. Desde este momento no quisiera pensar más que en la otra vida”, le dice Rafael Cervera Cabello a su mujer.

“No quiero entretenerme mucho en esta carta; perdóname, pero **poco tiempo tengo y quiero prepararme** para el paso a la otra vida”, escribe a la suya Juan Soler-Espíauva. “No puedo decirte más porque quiero prepararme a morir cristianamente”, explica a su esposa Juan Araoz.

Hay dos cartas en este volumen que **retuercen el corazón** de manera especial.

Las lágrimas de un Papa



Una **hizo llorar al Papa Pío XI** cuando la leyó, según testimonio de su secretario de Estado, Eugenio Pacelli, futuro Pío XII.

La dirigió Francisco Castelló Aleu, de 22 años, a su novia Mariona, que ya sabía lo que era perder seres queridos en la guerra: “Siento tu desgracia, no la mía. Siéntete orgullosa: dos hermanos y tu prometido. ¡Pobre Mariona!... **Querría hacerte una carta triste de despedida, pero no puedo.** Estoy todo envuelto de ideas alegres como un presentimiento de gloria”.

La otra es una de las más extensas, que envía a sus hijos Juan Ramos, capitán del Ejército, antes de ser asesinado en Bilbao: “Hoy os dejo, cuando todavía sois niños, cuando no os dais cuenta de que perdéis al padre, al consejero, al educador; pero **mamá, que es tan buena, hará mis veces**, y yo pediré desde el cielo por ella y por vosotros”.

Allá arriba se encontrará con la pequeña que habían perdido: “Aquella hermanita a quien, si Dios quiere, veré pronto”. A su mujer, Candelas, brinda un sobrenatural galanteo: “Yo te aseguro que, si Dios lo permite, en el cielo, donde creo que iré, porque la fe salva siempre, **seré tu caballero allá arriba**; que intercederé por ti, que pediré e interpondré todo el amor que te he tenido, ante el trono de Dios, para que te llene de todos los bienes que pueda concederte”.

El texto es una impresionante suma de recomendaciones morales que el padre, que **se sabe para siempre ausente del hogar**, quiere dejar a sus hijos como los mejores consejos para la vida. Su único legado.

La paz de la confesión

Encontramos otros *leit-motiv*: aquietar a los suyos porque han podido confesar con algún sacerdote también preso, y están en gracia de Dios. “Para completa satisfacción

de ustedes añado que **me he confesado** con toda tranquilidad y buen ánimo”, aclara a sus padres Virgilio Rodríguez Fernández, un soldado de veinte años asesinado en Santander. Y añade: “Sabré morir como un buen cristiano, agradecido a ustedes por la buena educación que me han dado”.

Que es otro motivo recurrente: la **gratitud** a quienes, transmitiéndoles la fe, les han abierto el camino de la gloria en el momento más difícil.

“Te escribo esta carta para darte una y mil veces las gracias por haberme educado en los santos principios de la religión católica... Hasta hoy no me he dado cuenta exacta de la **enorme ventaja de los que tenemos la suerte de pensar así**”, le escribe a su madre Rafael la Rosa, poco antes de su ejecución.

“Os agradezco infinitamente la educación religiosa que me habéis dado, pues **a ella debo el morir como un verdadero cristiano**”, transmite Fernando Vidal-Ribas. Y morir como un cristiano es hacerlo perdonando.

El perdón

“Ruégote, y lo mismo a mis hermanos, sobrinos y demás parientes, **no intentes vengarte** de mis acusadores ni de mis perseguidores. La venganza, en todo caso, ha de ser de Dios”, pide a su esposa el mártir ilerdense Anselmo García.

“Mi última voluntad es que **nunca guardéis rencor** a quienes creáis culpables de lo que os parece mi mal. Y digo así, porque el verdadero culpable soy yo, con mis pecados, que me hacen reo de estos sacrificios”, explica a sus tíos y primos Bartolomé Blanco, obrero y sindicalista de Acción Católica.

“Queremos hacer constar que **morimos perdonando** a los que nos quitan la vida y ofreciéndola por la ordenación cristiana del mundo obrero”, proclaman cuarenta clarretianos de Barbastro.

“A todos mis enemigos perdono; pero habréis de tener en cuenta que **la justicia debe cumplirse sin venganzas**, sin enconos, y no empañando lo que debe ser fiel reflejo de la de Dios con el baldón de una pasión insatisfecha”, advierte Juan Ramos a sus hijos.

Principios de la fe

Estas cartas constituyen un **pequeño compendio de doctrina católica**. Brotaba espontánea de la pluma de personas que la tenían interiorizada. El valor redentor del martirio, la necesidad de la confesión, la conciencia de que el pecado cierra las puertas del cielo, la conformidad con la voluntad de Dios, el poder de la intercesión de quienes están junto a Él, la gratitud por la religión recibida...

Es cierto que la sangre de los mártires es semilla de cristianos, pero **la madera de mártir no se improvisa**. En España, en 1936, la había, y era noble y de lujoso acabado. Estas cartas quedaron como prueba.

